

EL LICEO DE GRANADA

REVISTA QUINCENAL

DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

AÑO I.

1.º de Junio de 1869.

NÚM. 5.

A LA MEMORIA DEL MARQUÉS DE GERONA.

Granada, que otras veces y por espacio de muchos años ha vestido con repetición de gala y estado de enhorabuena, en razón al número y calidad de sus ilustres hijos, que han conseguido los triunfos más honrosos, levantados, en alas de su mérito, á las más altas regiones de la ciencia, las letras y la política; debe hoy vestir de luto y estar de pésame, porque todos ellos, en un tiempo breve, han bajado al sepulcro, uno tras otro.

¿Dónde buscaremos ahora la inmensa erudición de Búrgos, el célebre ministro de Fomento autor de la famosa instrucción de 30 de noviembre de 1833? ¿Dónde la brillante y arrebatadora palabra del gran literato Martínez de la Rosa, que alcanzó, siendo un emigrado político, la honra de presidir á los sabios de la academia francesa? ¿Dónde la elocuente voz y el tino y sagacidad de D. Francisco de Paula Castro y Orozco, primer Marqués de Gerona? ¿Dónde la lógica invencible y la pasmosa ciencia del jurisconsulto D. Antonio de Torres Pardo? ¿Dónde la filosofía y literatura del eminente físico Rada y Henares? ¿Dónde la ilustración de los dos Lafuente Alcántara? ¿Dónde la sabiduría y elocuencia de Séijas Lozano? ¿Dónde la erudición de Peñalver? ¿Dónde la instrucción y laboriosidad de Andreo? ¿Y dónde la rectitud de juicio y profundidad de Hurtado? ¡Ah! todos éstos ilustres granadinos, y algunos otros, de quienes no podemos olvidarnos jamás, aunque no les citemos aquí, por que han brillado en otras regiones distintas de la esfera científica y literaria, única que en este instante podemos recorrer, han descendido á la tumba en un cuarto de siglo, y de ellos muchos, de dos años á esta parte.

Aun estamos llorando, unos al compañero y amigo, otros al distinguido abogado é ilustre profesor de nuestra universidad, cuando en la mañana del lunes 17 de mayo, llegó á nosotros, con la terrible celeridad de la centella, la infausta noticia de que acababa

de morir, de improvviso, el Marqués de Gerona, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José de Castro y Orozco; el gran filósofo y jurisconsulto, el inspirado poeta lírico y dramático, el literato clásico por su educación, y romántico por su genio y por su época, el erudito, el anticuario, el elocuente orador, el escritor castizo y elegante, el eminente repúblico y profundo estadista, el magistrado émulo de los Campomanes y Floridablanca, el ministro á quien todos los hombres públicos respetaban, y del cual ha dicho un popular y antiguo diputado jefe de la minoría republicana en las actuales córtes constituyentes, que él y otro han sido los únicos hombres de Estado merecedores de alabanza, entre los muchos que han obtenido el poder en España desde hace cuarenta años.

Nuestra nación acaba de perder uno de sus personajes más importantes; Granada, uno de sus hijos más eminentes: el parnaso español y las letras castellanas; la magistratura y el foro; las academias, los museos y todas las corporaciones sabias de nuestro país, cúbreñse de luto y lloran tan irreparable pérdida: y nosotros, que no podemos separar nuestra historia de la del antiguo liceo, en el cual y su periódico *La Alhambra*, brilló tanto el ilustre difunto; nosotros, que le hemos visto en el actual liceo presidir dignamente los jurados de calificación de los certámenes literarios, y que tuvimos después la honra de que fuera presidente de la sección de ciencias y literatura; nosotros que le contábamos como colaborador de esta revista, la cual muy en breve debía ser ilustrada con sus escritos; nada hacemos cubriéndola hoy también con una sombra de la tristeza y el luto de nuestro corazón, mientras, con mas espacio, procuramos honrar su memoria, si no de la manera que se merece, al ménos en armonía con nuestro instituto en la república de las letras.

Entre tanto, depositemos, con lágrimas de dolor, laureles y siempre-vivas en esta página enlutada, como tributo debido á uno de los granadinos más sabios y más amados, entre los muchos que en este siglo, han formado la brillante aureola de nuestra querida patria.

LA REDACCION.

INFLUENCIA DE LAS CRUZADAS EN LA CIVILIZACION DE EUROPA.

I.

Hay una época entre las varias que la historia general nos presenta, digna de observación y de estudio, abundante en acontecimientos magníficos, inspirada por el noble sentimiento religioso, llevada a término por la iglesia y el estado y cuyos benéficos influjos se hicieron sentir muy pronto en la causa de la civilización: época en que el Oriente y el Occidente, el Corán y el Evangelio, el fanatismo del desierto y la religión santa de Jesucristo se hallaron frente a frente, porque habiéndose extendido de una manera prodigiosa el poder de los musulmanes, amenazó en el siglo décimo-primer o la suerte de la cristiandad: así no es mucho que la Europa respondiera decidida y se armara fervorosa para oponerse a la barbarie y asegurar su independencia. Entonces se presentó a la faz de las naciones un nuevo, sublime espectáculo, cual fué ver al Occidente católico levantarse como un solo hombre, que llevado en alas de su fé se precipita sobre el Asia, con el deseo de arrancar a los infieles el sepulcro del Salvador, que imprudentes se atrevieron a profanar: y esa época que todos conocen, símbolo del valor, del heroísmo, de la generosidad y del fervor religioso, no es otra que la de las cruzadas, episodio el mas brillante sin duda de la historia de la edad-media.

Para apreciar debidamente ese gran movimiento sería necesario exponer sus causas, hacer su relacion de una manera detallada, seguir paso a paso el camino de los guerreros cristianos, presentar sus aspiraciones, sus costumbres y sus glorias, señalando por último los bienes y los males que de allí se originaron para las generaciones contemporáneas y la humanidad entera: pero bien se alcanza que semejante trabajo sin ser de fácil desempeño, excedería los límites de un sencillo artículo sobre este período de la historia; he de ceñirme por tanto a apreciar de una manera critica las cruzadas, señalando a grandes rasgos la influencia que ejercieron en la civilización de Europa, siguiendo las ideas de Michaud, Portet, Cantu y Blanqui que tan excelentes tratados han escrito sobre esta materia bajo diferentes puntos de vista.

Los sectarios de Mahoma, salidos de la Arabia, con su espíritu emprendedor y fanático, habian conquistado la parte occidental de Asia, el Egipto, todo el norte de Africa, la península Española, y se encontraban casi a las puertas de Bizancio, cuando los turcos

sedyucidas lograron ponerse al lado de los árabes, para constituirse muy pronto en sus abominables señores: entonces se apoderaron de la ciudad santa de Jerusalem y ejercieron con los cristianos y peregrinos inauditas crueldades: por ello los emperadores de Oriente reclamaron eficaces auxilios de las potencias cristianas: estas ocupadas a la sazón en negocios importantes no pudieron responder a tan religioso llamamiento: y lo que por aquel tiempo no pudo realizar la política, lo realizó luego la fé, y lo que no pudieron mover los principes, lo movió la voz de un monge llamado Pedro el Ermitaño. A las predicaciones de este piadoso varón venido de Palestina, parecia que la paz y la justicia se habian apoderado de toda la tierra, para preparar la guerra santa: y con efecto, estas campañas se hicieron en diferentes ocasiones y con diversos resultados bastante conocidos: no me detendré ahora a referirlas, que fuera arriesgado para mi pluma intentar siquiera mostrar el raro valor de los esclarecidos héroes, que forman esa brillante epopeya de la literatura cristiana.

Pero obsérvese que en aquella guerra sin ejemplo no hubo lo que en otras, pues que siempre se libraron batallas y se desearon victorias para hacer al hombre esclavo del hombre en lo antiguo, para satisfacer ambiciones de los principes en lo moderno: y en las expediciones de los cruzados salió la Europa por todas sus puertas, segun la feliz expresion de Bonald, y se puso en marcha para sacar a los cristianos de la opresion, librar a los infieles de la impiedad, rescatar los Santos Lugares, y para ganar así, caudillos y soldados, un premio en la otra vida. Era un sentimiento general tomar la Cruz y alistarse para la guerra: así que las ciudades enviaban tropas de valientes; los principes, los eclesiásticos y los barones si no tenían recursos, tomaban prestado y garantian sus créditos con los reinos, los benéficos ó los féudos; el poeta esperaba una corona, por que su lira fué igualmente sublime sobre el escudo del vencedor, que sobre la tumba del vencido; el monge aspiraba a la palma de perseverante, sin que la edad ó el sexo estorbaran a los ancianos, niños y mugeres marchar a la tierra santa, pues decian continuamente a los guerreros: si vosotros peleais por Cristo nosotros padecemos por él: y empeñaban su palabra de honor los caballeros para no volver a sus hogares si no volvian con la victoria, teniendo como mártires a cuantos morian en la religiosa demanda. Y no digamos como muchos que fué un error, ignorancia ó locura, por que del feudalismo y la fé cristiana nacia un pensamiento de porvenir y de gloria, a tal punto que el concilio de Clermont

no fué ni pudo ser la causa del entusiasmo, y si el efecto preciso de la opinion pública.

Los pueblos iban al Oriente guiados por el sentimiento de lo bueno y de lo justo, haciendo la guerra por un deber sagrado, cual era prevenir tristes eventualidades: los musulmanes como enemigos de la religion verdadera trataban de extirparla en toda la extension de la tierra, y así los cristianos debían luchar por sus hermanos contra la dura tiranía del Islam, recuperar los dominios que se arrebataron al imperio griego, y pedir satisfaccion de los padecimientos que se habian hecho sufrir á sus padres: ademas que si todo cuerpo tiene el derecho de defender su propia existencia, ésta imperiosa necesidad llenó el Occidente librándose de la barbarie, asegurando la religion y vindicando su entera libertad.

El entusiasmo y la política rayaban á igual heroica altura: los pueblos llenos de vida, de sentimiento y de fuerza, persuadidos de que honraban á Dios con destruir á los enemigos de su fé, iban sin orden ni disciplina, contaban con lo que alimentó á los israelitas en el desierto, y veian por donde pasaban, la mano sabia de la providencia. La imaginacion queda agradablemente sorprendida al observar tanto heroismo y tanta nobleza como se mostró en aquel tiempo, no solo para defender la Europa del poder de los turcos, si que tambien para libertar nuestra España y llevar el cristianismo á las regiones septentrionales: y es que el peligro amenazaba con extraordinaria pujanza, y por ello la iglesia dió á sus hijos el signo de la humanidad redimida, para que con la fé se salvára la civilizacion.

La edad-media toda, era sobradamente espiritual en el fondo, con honor y delicadeza en el alma, llevando los principios á la exageracion y el extremo: con su genio aventurero y emprendedor no reparó en las fatigas de lejanas expediciones, si no que las acarició con gusto, tanto mas cuanto que así hallaba el medio de contemplar de cerca y con respeto los lugares santificados con la presencia del Salvador: los peregrinos no podian como antes satisfacer su piedad; así que ya los papas dieron la voz de alarma y previnieron las naciones, que á seguida confiaron fundadamente en sus fuerzas; pues tenian una misma patria, la Iglesia Católica, un mismo jefe, el Romano Pontífice, y una misma necesidad, la de hacer penitencia y asegurar la libertad.

Aquel egoismo desordenado que hizo posible en Roma la dominacion absoluta de los emperadores, para causar mas tarde su ruina, sobrevivió en el sentimiento individual de los germanos: y á su virtud los reinos, los

cláustros, las baronías, los cabildos, las armadas, las universidades y las demás instituciones de los tiempos medios, tenian vida particular y aislada; faltaba el acuerdo de sentimiento y la inclinacion instintiva á un objeto, que es lo que forma los grandes cuerpos políticos: pero de repente se mezclan los pueblos á su manera en las cruzadas, se someten á un jefe, los individuos y los estados desaparecen bajo el nombre de cristiandad, y vuelven de aquellas empresas sociales con ideas de unidad y de independencia, por que habia nacido un nuevo religioso patriotismo en Europa.

Las expediciones contra los infieles fueron para unos un espíritu de devocion, para otros una idea política, para estos un medio de hacer viages y descubrimientos, para aquellos una ocasion de continuas y gloriosas aventuras: pero todas satisfacian una aspiracion igualmente legitima cual era defender sus hogares y volver la vista hácia el Oriente de donde han venido las ideas grandiosas al mundo. Comunicaba la civilizacion de la edad media por las regiones del mediodia de España con pueblos del Asia y del Africa, en tanto que inclinándose á una influencia mas enérgica el antagonismo de las dos creencias, católica y musulmana, produjo lo que ninguna combinacion pacífica hubiera sido bastante á realizar, como fué amistar al fin los dos mundos, para dar así inmenso, desconocido campo, donde pudieran extenderse la vida espiritual y el goce físico. No escasearon tampoco entonces los asuntos mas delicados llevados á término por determinados fieles, que son la causa de tantas historias piadosas y tiernas como bordan esa tela guerrera, segun la expresion gráfica de César Cantú.

Es de notar que hubo dos elementos diversos que presidieron al desarrollo de las naciones en los tiempos medios, que fueron el feudalismo y la fé religiosa, la autoridad territorial y la libertad del espíritu: y en tal concepto las cruzadas realizando este principio sobre los señores, dieron el golpe de gracia á su poder, levantando á digna altura la suave autoridad del cristianismo: su doctrina habia sido establecida para todas las épocas y todos los países de la tierra, no se alimentaba ni se alimenta de las circunstancias en ocasion alguna, y por eso salvó entonces al hombre del despotismo de los magnates, que solo eran sus hermanos y no nunca sus dominadores por la fuerza.

Los tiempos distintos llevan consigo tendencias diferentes: por eso el entusiasmo ciego de los dias de Pedro el Ermitaño, se mezcla en la segunda expedicion con la piedad religiosa de los jefes, marca un espíritu conquistador mundano en la tercera, y hace que no

sin frecuencia aparezcan al lado de bellos sentimientos, otros menos dignos y un tanto censurables como la mera curiosidad, la sed de riquezas y el espíritu de aventuras: ya sabemos que hubo cruzadas de mal éxito; que en parte se reprodujo la historia del pueblo judío con sus pasiones y miserias, con sus vicios y virtudes. En efecto existían todos los inconvenientes de una guerra feudal, donde llegaba á ser extremado el valor de los soldados y caudillos; pero engrosados los ejércitos con mucha gente inútil y prohibido el uso de ciertas armas, no hay que extrañarnos si vencedores entonaban un himno á Dios que había fortalecido su brazo, ó si vencidos se humillaban acusándose de sus culpas ó llegarían á desesperar á no haberles sostenido la fé cristiana. El clima insalubre y la perfidia de los emperadores de Bizancio impidieron se llevara á cabo el deseo de Conrado III y Federico Barbaroja; y fué bastante efímera la organización de aquellos países por los cruzados, porque hay que observar que no se libraban batallas con musulmanes degenerados como los berberiscos de nuestros días, sino con árabes que tenían reciente el recuerdo de inmensas conquistas, y con turcos audaces y fuertes que solo deseaban botín y patria en las comarcas más bellas del mundo.

No parece fuera de propósito consignar aquí que el pueblo más caballeresco de Europa, si no figura en primera línea en las expediciones al Oriente, es porque por espacio de siete siglos estuvo ocupado en una cruzada doméstica de inmarcesibles glorias: pueblo que era y es el antemural colocado por la providencia á las invasiones venidas de las regiones africanas en contra de la verdadera civilización. Sin dificultad se comprende que me refiero á nuestra amada España, cuna de esclarecidos guerreros, de valientes capitanes, de caballeros esforzados y de reyes incomparables para quienes guarda su justicia la historia, tributando sin reserva los elogios y alabanzas merecidos por su abnegación y patriotismo en las hazanas y hechos gloriosos de la reconquista, desde las montañas de Covadonga hasta las fértiles comarcas de Granada.

De modo que por lo dicho se infiere que fueron las cruzadas, no obstante las contradicciones que tuvieron, una edad heroica para las naciones europeas: desacreditar su importancia ni está puesto en razón, ni menos armoniza con el sentimiento de la verdad, siendo á mayor abundamiento innegable que por ellas adelantó rápidamente la civilización occidental, como es en extremo fácil demostrar.

(Concluirá.)

RAMON IBAÑEZ.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

ODA.*

DEDICADA Á MI DISTINGUIDO AMIGO,

EL SR. D. NICOLAS DE PASO Y DELGADO.

Por celestial ambiente acariciada,
Nació de Nazareth la blanca rosa:
Era más que la perla nacarada,
Más que el albor de la mañana hermosa.
Y mostró sus tesoros de inocencia;
Y exhaló sus aromas de consuelo;
Y por galas llevó de la existencia,
La bondad y virtud, galas del cielo.
Y amenizó las sendas de amargura.
Vertiendo amores y calmando enojos,
Con los dulces destellos de sus ojos
Y el rico manantial de su ternura.
Y brotaban en campos de belleza,
Bajo su planta flores;
De su aliento perfumes de pureza;
De su frente gloriosos resplandores.
Ante su faz radiante se ostentaba,
Cual sombra oscura, el luminar del día;
Y ese faro que al mundo iluminaba
Con destellos de amor, era MARÍA.
Lirio hermoso y fragante,
Con ámbar de los cielos perfumado:
Floron de gloria, celestial diamante
Por el Supremo Artífice engastado
De cielo y tierra en el inmenso anillo,
Para que diese en la creación su brillo.
Paloma del Señor, enriquecida
Con régios dones, con inmensas galas,
Que al cruzar los desiertos de la vida,
Sobre la tierra desplegó sus alas;
Y de sus ojos á la luz fulgente,
Gimió vencida la infernal serpiente.
Para ser en el mar de la conciencia,
De purísimos goces precursora,
Y ante el Dios de clemencia,

* Esta oda forma parte de una composición más extensa que aun no ha concluido el autor, y que publicaremos más adelante.

Del triste pecador la intercesora;
 Para ser de las vírgenes encanto,
 Y égida de virtud su dulce nombre,
 Y á sufrir vino, á derramar su llanto,
 Por recoger las lágrimas del hombre.
 Y á sus sienes los ángeles ciñeron
 La celestial diadema esplendorosa,
 Que las virtudes y el amor tejieron;
 Y Virgen madre, pura y candorosa,
 Con el divino amor estremeceida,
 El corazón latir alborozado
 Sintió en su pecho, y palpar la vida
 Del Verbo en sus entrañas encarnado.
 El Verbo! sol glorioso,
 Que rompiendo las sombras del pecado,
 Los espacios cruzó majestuoso:
 Inundó con sus fúlgidos raudales
 Los abismos profundos;
 Y alzado en las regiones celestiales,
 Con su grandeza engrandeció los mundos;
 Y bañó con su luz deslumbradora
 De eterna salvación el santuario,
 Cuando en Bethlehem tornasoló su aurora,
 Y llegó á su cenit en el Calvario.
 Sonó entonces la hora
 Bendecida por Dios: la fé lanzaba
 Sus torrentes de luz; y los cendales
 De la impiedad rasgando, abrió el camino
 Y la mansión de gozo á los mortales.
 Era el momento en que el Poder divino
 A despertar llamaba
 Del sueño del error á las naciones.
 Llegó al fin: los profetas lo anunciaron,
 Y la verdad selló sus predicciones.
 Llegó al fin: misteriosa,
 Su palidez la muerte reflejaba
 Del divino Jesús en el semblante,
 Cumpliendo de Daniel la profecía:
 Con la voz de los mundos poderosa
 Lo proclamó el Eterno: parecía,
 Cuando en supremo instante
 Los quiciales del orbe restallaron,
 Que entera la creación se desgarraba;
 Y prodigios y horrores confirmaron,
 De uno al otro hemisferio,
 Que en la antigua Salem se consumaba
 De humana redención el gran misterio.
 Las rocas desgajáronse: rodaron
 Las moles y peñascos desprendidos

Con estruendo horroroso;
 Y sus ecos vagaron impelidos
 Por las ondas del viento fragoroso.
 De los fieros sayones descreídos
 Espiró entre los labios
 La maldición impia:
 Rasgó el templo su velo:
 Con los crespones del dolor, el día
 Cubrió su faz: oscurecido el cielo,
 Las fúnebres tinieblas desplegaron
 Sus alas pavorosas:
 De sus tumbas alzaron
 Los fétidos cadáveres las losas,
 Despertando á la voz de la existencia;
 Y el mundo estremecido,
 De angustia y de pesar lanzó un gemido.
 Era Dios! era Dios!.. su omnipotencia
 Patente está, la multitud clamaba;
 Y era Dios! era Dios... en los furores
 Del huracán y el trueno retumbaba.
 De la creación los ecos zumbadores
 Que terribles alzáronse, la muerte
 Sus cadenas rompiendo, y los horrores
 Tiñendo en sangre al desgarrar su manto,
 Del Hombre Dios marcaban la agonía:
 Era el tributo de dolor y espanto
 Que el universo al Hacedor rendía.
 Jerusalem, Jerusalem! tu gloria
 Con sangre y luto y con dolor sellada,
 De los tiempos flotando en la memoria,
 Muéstrase en brazos de la edad pasada.
 La humildad, la inocencia, la hermosura,
 Que en lazos de bondad resplandecieron
 De Dios en la mirada,
 Su amor y sus palabras de dulzura,
 El timbre de tus glorias esculpieron;
 Y de la Virgen madre desolada,
 De la Reina de amor cándida y pura,
 Recogiste en el cáliz de tus flores,
 Con lágrimas de angustias y dolores,
 Bálsamo de consuelo y de ternura.
 Bajo tus pies se estremeció el abismo:
 Alzó en tu suelo para el bien fecundo,
 Su esplendorosa luz el cristianismo;
 Y derramóse por la faz del mundo.
 Y aun fluyen tus veneros de riqueza:
 Aun bordan tu ciudad y campo ameno
 Vestigios y recuerdos de grandeza:
 Aun guardas en tu templo suntuoso

El gran tesoro del sepulcro santo.
 Y á través de los siglos en tu seno
 Elévase la Cruz: árbol frondoso
 Que en la tierra brotó; rególe el llanto,
 Y mecido en el Gólgota escabroso
 Por tristes auras de amargura y luto,
 Salvó las nubes su ramaje hermoso,
 Y desde el cielo desprendió su fruto.
 Fruto de bendicion! tu dulce nombre
 Es símbolo de paz: en tí amoroso,
 Su cuerpo y sangre nos legó el Eterno:
 Tú elevas la virtud: salvas al hombre
 De las terribles garras del averno;
 Y con el cáliz de bondad sublime
 Calmas la sed, y con el pan sagrado
 Brindas salud al infeliz que gime
 En las duras prisiones del pecado.
 Tú eres hostia de amor, fulgida estrella
 En la mansion humana; y apareces
 Mas que los soles refulgente y bella.
 Tú eres faro radiante;
 Y en mar de angustia y de dolor ofreces.
 Con los fulgores de tu luz querida,
 Puerto de salvacion al navegante,
 Naufrago en las borrascas de la vida.
 De gozo y de dulzura y de consuelo,
 Néctar de dicha que las penas calma,
 Tú eres manjar del cielo,
 Pasto sabroso al corazon y al alma:
 Mística fuente que fecunda el suelo,
 De la gracia vertiendo los raudales,
 Tú eres astro que brilla
 En las puras regiones eternas;
 Y cuando triste el pecador se humilla,
 Cuando sus ruegos de piedad murmura,
 Tú eres la luz que su dolor destierra;
 Tú el lazo del Criador con la criatura,
 La magestad de Dios sobre la tierra.
 Tú el iris de bonanza,
 Que en piélagos de gozo tornasola
 De Dios y de los hombres la alianza,
 Y de cristiana caridad los dones:
 Tú ciñes la virtud con la aureola
 De esperanza y de fé: de las pasiones
 Apagas tú las ominosas teas:
 Signo de redencion... bendito seas!

LUIS AGUILERA SUAREZ.

LA REBELION DEL ALBAICIN.

EPISODIO DE LAS GUERRAS DE GRANADA.

I.

¡Cuán cierto es que los medios fuertes, la violencia, en su aplicacion al mundo del espíritu, solo producen acciones y reacciones de proporcionada energía; del propio modo que la cuerda del arco, que le tiene sujeto en determinado sentido, una vez rota, le deja en libertad, no ya para extenderse horizontal el junco, sino para volverse y formar otro arco en direccion completamente inversa á la figura que, forzado y de un modo violento, presentaba! Observemos la marcha de la humanidad en cualquiera parte del globo y en el momento histórico que nos plazca elegir, y nos convenceremos de que todo lo que rudamente y por coaccion se consigue, subsiste poco y se destruye con la misma rudeza y por los propios medios de violencia y rigor que la razon y la conciencia rechazan.

El episodio de las guerras de Granada, que voy á presentar, con el tradicional y exacto título de *la rebelion del Albaicin*, es una prueba, entre muchas que la historia nos ofrece, de la indudable verdad por cuya enunciacion he comenzado. Mi pensamiento moral es este, lo digo con franqueza; pero tambien advierto con toda ingenuidad, que no aspiro solamente á narrar un hecho histórico, en su realidad desnuda; no me propongo copiarle de Pedraza, Mármol ó Hurtado de Mendoza: quiero ensayar una novela histórica, de más ó menos importancia; en la que, sin ser alterado por mi lo verdadero del fondo, tenga cabida lo fabuloso de la invencion.

Mucho me alegraría de que, pareciendo agradable á los lectores y con especialidad á las lectoras, contribuyera este escrito, no enteramente árido, aunque no sea muy ameno, á extender los dominios de la dulce y provechosa máxima de que á donde no se llega por la fuerza y con la opresion, se alcanza por la benevolencia y con la libertad.

Estoy como exordiando, escribiendo una introduccion; y justo es que se me permita consignar todavia otro pensamiento, antes de entrar de lleno en mi novela. Se ha dicho, con razon, que así como el flujo y el reflujo del mar sobre las playas, aun cuando diariamente repetido, no impide, en su perpétua alternativa, que en unas costas sea constante el movimiento de invasion de las aguas y en otras, por el contrario, se queden estas cada vez mas atrás, de igual manera, en el turbu-

lento océano de la vida del humano linaje, la repetición del flujo, que es la acción, y del reflujo que es la reacción, nos hace ver que aquellos cada día más enérgico y éste cada hora más débil; por que si no todas las obras y todos los hechos de la acción duran y adquieren un carácter definitivo, tampoco la reacción les hace volver siempre al punto en que antes del movimiento emprendido, se encontraban. Los mares del espíritu, como los del globo, si pierden tierra por un lado, por otro la ganan; y el precepto —«de aquí no pasarás»— establecido por Dios y que faltar no puede, como ordenación divina, no es tan concreto que se deba entender y aplicar, por decirlo así, al pormenor; con acepción a cada costa y a cada playa; ó bien a cada órden de ideas y a cada concepción del humano entendimiento.

El estudio de las leyes morales, tan fijas como las físicas, que hacen al mediterráneo perder en el Grao terreno y al atlántico ganarle en la costa cantábrica, permite esperar que cualquiera que sea el ímpetu de las reacciones que sufrir pueda el mundo espiritual, el mundo del pensamiento, el mundo superior, a grande altura levantado sobre el de la materia, ciertas ideas y ciertos hábitos de tiranía, fuerza, retroceso é intolerancia, no volverán a tener en Europa el predominio que otras veces tuvieron. La reacción, en ocasiones y en determinadas esferas, conveniente y necesaria para restablecer el equilibrio en la atmósfera, cuyas corrientes no se puede negar que suelen ir acaso demasiado lejos, no borrará todos los hechos, todos los pensamientos y los sentimientos todos por la acción del espíritu enjendrados, ó quizá producidos por la revolución moral del mundo.

Si las conquistas, que la humanidad consigue, no todas son definitivas, no son perdidas tampoco para la realización del fin ó destino providencial que aquella tiene: como no eran estables las que, allá en la edad-media, obtenían los monarcas españoles y los héroes cristianos, que llevaban sus banderas victoriosas muy adentro por las tierras de los moros; y sin embargo, aunque no se pudiese conservar, por ejemplo, á Almería cuando fué tomada por Alfonso el emperador, ó á Valencia ganada por el Cid, Alfonso VI y sus sucesores reconquistaban, en su día, á Toledo la de los célebres concilios, á Córdoba la de la biblioteca de los califas, á Granada la de la única Alhambra; y ello es que la epopeya maravillosa de más de siete siglos, que se enjendró por la sangre vertida en las orillas del Guadalquivir, y la empresa colosal de los briosos astures, que salieron con una religión y una monarquía de la cueva de Covadonga, tuvo dichoso fin y gloriosísimo remate en esta vega

que se mira ufana en las plateadas ondas del Genil y sobre la enhiesta torre de la Vela granadina, desde donde la santa enseña de la Cruz proyectó su inmensa sombra en los cálidos arenales del Africa, pasando por encima de la gigante cumbre del Veleta.

II.

El Albaicin ó *Albaezin*, poblado en 1227 por los moros de Baeza, cuando fueron lanzados de aquella antigua ciudad, reforzados siete años después por los de Ubeda, á quienes dieron una hospitalidad generosa; confinante con la Alcazaba y cercado de un muro, no ménos poderoso que el de la *Cadima* y la *Cidid*, era, en el tiempo á que se remonta nuestra leyenda, un recinto extenso y respetable por su elevada situación, sus bien guardadas fortificaciones y el carácter impetuoso y resuelto de los creyentes que le habitaban. Estos no habían perdido por completo la fiereza de los africanos almorávides y almohades, mucho más duros, inquietos, discolos y rencorosos, que los árabes de las varias estirpes que vinieron á Elvira ó Granada; como los nazeritas, abencerrajes, zegríes, gazanitas, gomerez, gazules y venegas, los cuales eran, por lo común, vehementes y tenaces, pero á la par afables y caballeros.

Distinguíase entre los moros que tenían sus palacios ó sus casas en el Albaicin, uno de régia estirpe, claro entendimiento, valor indómito y gallarda presencia, llamado el Zegrí Azaator, el cual contaba en su servidumbre á una esclava que reunía á su belleza portentosa, una rarísima habilidad para el conocimiento y aplicación de las plantas medicinales; por lo cual y su solicitud por los pobres enfermos y las maravillosas curaciones que alcanzó de muchos infelices, la conocían en toda la ciudad, y muchas bocas pronunciaban su nombre con gratitud y cariño, bajo el apodo de la *Curandera*.

Un día, después del baño de la tarde, se distraía el Zegrí conversando con sus esclavas favoritas, y cuando ya el crepúsculo entibiaba la luz del sol poniente en las doradas ondas del Darro, que á lo lejos se veían en el valle, desde un precioso minarete del palacio de Azaator, se entabló este diálogo entre la Curandera y su dueño.

—¡Siempre alabado sea el Dios único, en sus obras, acatado en su voluntad, adorado en sus designios, á veces incomprensibles! Pero dime, Curandera: ¿por qué cuando te llamaron para ir á la Alcazaba á ver al tirano Cisneros, que se hallaba postrado por gravísima dolencia, no rehusaste los auxilios de tu ciencia peregrina al mayor enemigo de nuestra raza y religión? ¿Por qué no

le abandonaste á su destino, y dejaste que se cumpliera en él un castigo que sin duda Mahoma obtenía de Alah contra el que nos violenta y persigue, contra el que quiere exterminarnos y ya tiene apurada nuestra paciencia? ¡Oh qué mal, qué mal hiciste!

—No te rebelas contra el gran poder de Alah, ni calumnies á Mahoma. Si hubiera estado escrito que Cisneros muriera, inútil hubiera sido mi habilidad ó mi ciencia, que llamas peregrina. Yo cumplo mi destino, y tú que no eres un mal musulmán, pareces serlo cuando aparentas desconocer que las miserables criaturas, desde el gusano más inmundado hasta el león de las selvas, desde el escudero hasta el rey, no mueven pie ni mano, lengua ni ojo, si no es por que Alah lo quiere.

—Tienes razón; mas considera que el gran sacerdote á quien los reyes han dado toda su autoridad contra nosotros, en perjuicio del arzobispo Talavera, está rompiendo las capitulaciones bajo las cuales nos rendimos; en las que se salvaron escrupulosamente nuestras personas y bienes, por que Cisneros se obstina en hacernos cristianos á la fuerza; no quiere respetar nuestras creencias y nuestro culto; los alfaquíes y los morabitos, llamados á una conferencia por él, oyeron hace poco de su boca que titula sacrílegos errores á los divinos preceptos del Corán, ridiculiza nuestras santas oraciones, júzgalas idolátricas, condena todo lo que nosotros adoramos y hasta se opone á que usemos los trajes que vestimos y sigamos las prácticas de nuestra raza y estirpe. Se murmura que, con promesas y dádivas, intenta corromper á los santos y creyentes, y que está decidido á bautizarnos con violencia y proscribir á la fuerza nuestra ley; quitándonos nuestros hijos para que no los enseñemos á entenderla y practicarla.

—Tú eres el que ahora tiene razón. Pero ¿qué medio nos queda, si no queremos abandonar el paraíso de Granada y seguir en el Africa las huellas del menguado Boabdil y de Aixa la varonil y magnánima princesa, de quien has dicho algunas veces que ha sido el último hombre de su noble dinastía; esa dinastía gloriosa que está enterrada debajo de las eternas nieves del elevado pico de Mulh-Hiscen?

—Yo lo ignoro; dudo y vacilo.

—¡Tú también, Azaator!

—¡Silencio, esclava!

Para comprender el diálogo que precede, es necesario determinar con toda exactitud la situación en que se hallaban los moros granadinos en el momento en que los hechos de esta leyenda se verificaron; la violenta política del gran prelado Cisneros, y el contraste

que formaba con el dulce cuidado pastoral del buen arzobispo Talavera y con el justo y benigno gobierno del esforzado conde de Tendilla.

III.

«Hombre de prudencia en negocios graves, de ánimo firme, asegurado en luenga experiencia de reencuentros y batallas ganadas» dice D. Diego Hurtado de Mendoza, que era el conde de Tendilla; sin que el cercano parentesco del inmortal historiador de la *Guerra de Granada* pueda hacernos sospechosos de parcialidad, porque harto severamente juzga á otros deudos suyos, como escritor de criterio independiente, levantados pensamientos y conciencia histórica inalterable; mayormente cuando su fallo está en completísima armonía con el de todos los cronistas de aquel tiempo. Además, la conducta del conde en los graves conflictos en que, durante su mando, tuvo intervención, es una prueba evidente de que el retrato que de él nos ha dejado el Salustio granadino, es de un parecido tan exacto como desgraciadamente nada común.

No trató el capitán general de Granada á los vencidos moros como á pueblo conquistado; no vejó ni exasperó con francas violencias y simulados latrocinios, cual en concisa frase dice Navarro y Rodrigo; antes bien, con su bondad y su dulzura se imponía á aquellos, olvidándose por completo de sus hábitos militares y de emplear el terror, que es el arma favorita y el triste acompañamiento del mando de un soldado. Sobre todo, el conde fué nimiamente escrupuloso en la fiel y caballerosa observancia de las famosas capitulaciones, en que los reyes católicos imprimieron el sello de su magnánimo carácter y sagacísima política: no queriendo realizar á sangre y fuego la conquista de Granada, si no verificar lo que en hermosos versos había de escribir Zorrilla cerca de cuatro siglos después:

«Antes corte mi lengua una cuchilla,
Antes erte mi boca una mordaza,
Que llamar en la lengua de Castilla
A su raza orienal, *barbara raza*.»

Las capitulaciones, tales como la historia de la rendición de Granada nos las ha conservado, contenían entre otras, las siguientes: «Los reyes cristianos asegurarían á los moros de Granada sus vidas y haciendas, respetarían y conservarían sus mezquitas, y les dejarían el libre uso de su religión y de sus ritos y ceremonias; los moros continuarían siendo juzgados por sus propias leyes y sus jueces ó

cadés, aunque con sujeción al gobernador general cristiano; no se alterarían sus usos y costumbres; hablarían su lengua y seguirían vistiendo su traje; y las escuelas públicas de los musulmanes, la instrucción y hasta las rentas de aquellas, continuarían encomendadas á los doctores y alfaquíes, con independencia de las autoridades castellanas.»

Fr. Hernando de Talavera, arzobispo de Granada, el humilde religioso que llegó á ser confesor de los reyes, por su talento, ciencia y virtudes, levantado desde la más baja é infeliz condición; por que, si hemos de creer á Oviedo en sus Quincuagenas, puede sospecharse hasta que fué un expósito—*el fué del linaje de todos los humanos ó de aquel barro y subcesion de Adán*—era el pastor más á propósito para guiar el nuevo rebaño encomendado á su paternal solicitud. «No se empeñaba (escribe el último biógrafo del cardenal Cisneros) en convertir á los moros con la violencia, no apelaba á las amenazas, no recurría al terror, sino que se valía de medios más ilustrados y eficaces para llegar, á la vez, á la fusión del pueblo vencido con el vencedor y á la conversión al Evangelio de todos aquellos infieles. Para catequizarlos con más fruto, aprendió, á sus años, el idioma de ellos y lo hizo aprender á sus párrocos. Hizo más: mandó traducir al árabe los textos más apropiados de los Evangelios; hizo componer un vocabulario, una gramática y un catecismo en el propio idioma, y de ésta manera hacía entre ellos grandemente fructuosa su predicación. Así iluminaba el entendimiento de los infieles y se abría su corazón con la práctica constante de todas las virtudes, con el infatigable ejercicio de su paciencia, de su dulzura y de su bondad.»

Siete años iban corridos desde el 2 de Enero de 1492, y la conquista de Granada se consolidaba poco á poco, y la fusión de las razas iba efectuándose con la lentitud que requería una empresa cuya índole pedía el concurso de las generaciones y los siglos; por que no era de aplicar el pensamiento de los salvajes iroqueses que derriban el árbol para coger el fruto, ni el del insensato dueño de la gallina de los huevos de oro, que abrió sus entrañas pensando enriquecerse de una manera súbita y codiciosa; cuando, desgraciadamente para nuestros antepasados, hicieron un viaje á esta ciudad los monarcas, deseosos de mejor apreciar la situación del reino granadino y asegurar más y más la obediencia y el respeto de sus naturales, y con ellos vino el gran Cisneros, á quien acaso descontentó la tolerancia del arzobispo Talavera; pues el fervoroso prelado é impetuoso ministro anhelaba con todo ardor consumir en breve tiempo la conversión de los infieles, ansioso de

ganar inteligencias para la verdad, corazones para el amor á Jesucristo y almas para el cielo.

No vió cómo había de verlo á través de la atmósfera que existía en los confines del siglo XVI!—que los procedimientos de la fuerza y del terror, aplicados á cambiar bruscamente el modo de ser de una raza vencida, sólo dan el resultado que en nuestro tiempo está tocando la Rusia en la infeliz Polonia: un pueblo que aborrece y maldice á su verdugo, y un territorio antes fecundado por el trabajo, antes floreciente en las artes y la industria, antes hermoseado por la agricultura; pero después solitario, inculto y regado por el llanto y la sangre de sus víctimas; como dice Navarro y Rodrigo con tanta verdad como elocuencia.

(Continuará.)

N. DE PASO Y DELGADO.

Á GRANADA.

ODA.

Mansion dichosa de placer y encanto,
ciudad afortunada
que albergue niegas al dolor y el llanto,
á tí mi débil canto
hoy pretendo elevar, bella Granada.

A tí, donde natura
sus dones derramar pródiga quiso,
haciendo con sus galas y hermosura
en el suelo andaluz un paraíso.

Deja, pues, que mi acento,
unido al dulce arrullo
del leve y manso viento
saturado en tus mágicos verjeles,
se confunda con plácido murmullo
en tus bosques de mirtos y laureles.

Deja que de entusiasmo arrebatado
la magestad admire y la grandeza
de tu Alhambra sin par, rico tesoro
de singular belleza
que guardas fiel de tu esplendor pasado
y que aun recuerda con pesar el moro.

Cuando la fresca brisa perfumada
lleva hasta allí los ecos confundidos
en la noche callada,
ecos mil y mil veces repetidos,

y que van á morir en la espesura;
cuando la luna tibia y plateada
alumbraba tus vetustos murallones,
haciendo su luz pura
mas severos los altos torreones
que forman tu cintura,
aun parece escuchar los dulces sonos
de los régios festines,
ó las zambras de amor embriagadoras
que daban los apuestos paladines
para placer de las gallardas moras.

Todo es hermoso en tí: todo es poesía,
ciudad de los recuerdos seductores,
eden de Andalucía,
pátria de los amores,
jardin ameno de olorosas flores.

El fiero mahometano,
que en Guadalete derrotó al cristiano
y en son de guerra penetró en España,
enardecido de furor insano
blandiendo el rudo acero,
depuso, al verte, su rencor y saña;
sonrió placentero;
contempló conmovido
tu gracia seductora,
y subyugado y débil y rendido,
te aclamó por su reina y su señora.

Y coronó tu frente;
te dió riquezas, nombre, poderio;
con el tesoro que tu manso río
arrastra en su corriente,
levantó en los espacios
magníficos palacios;
y tú le amaste, y en febril delicia
devolviste caricia por caricia...

Mas un día llegó, día de gloria
que quedará en la historia
escrito con dorados caracteres,
en que la pátria mia
que jamás en la lid sintió desmayo,
dió fin á la titánica jornada
de siete siglos de tenaz porfia,
que en Covadonga comenzó Pelayo
y terminó en las torres de Granada.

Las huestes agarenas
dejaron para siempre nuestro suelo;
y en las altas almenas

de la ciudad moruna,
bajo el azul radiante de su cielo,
el lábaro glorioso
ondeó victorioso
en vez de la orgullosa media luna.
La reina de Occidente
su origen recordó, su fé perdida;
y llena de rubor la noble frente,
á la verdad de nuevo convertida,
arrojó la diadema
de su poder emblema,
y cambió el rico manto de sultana
por el velo de púdica cristiana.

Vedla cómo gozosa
rinde culto á su Dios en este día:
miradla, aun mas hermosa,
mas llena de verdor y lozanía,
de gracias y belleza,
que en los tiempos de espléndida grandeza
en que los ecos de morisca zambra
los ámbitos poblaban de su Alhambra.

¡Loor eterno á tu preclaro nombre,
Granada bendecida!
y hoy que recobra el hombre
la santa libertad apetecida,
que es de riqueza manantial fecundo,
sigue dando el ejemplo
de tu virtud y tu valor al mundo;
y aumentando los timbres de tu historia,
grábalos en el templo de la gloria!

SALVADOR PEREZ MONTOTO.

AL MARQUÉS DE GERONA.

¿Ha muerto...? ¡Justo Dios...! Adolescente.
oí su voz amiga, insinuante,
que fecundó mi alma delirante,
cual riega el Nilo su campiña ardiente.

Hombre, le amé; filósofo, elocuente,
noble, justo, leal, sabio gigante:
nuevo Leon, en el decir brillante,
nuevo Mendoza, en el obrar prudente.

¡Y ha muerto! ¡Y yo contemplo sus despojos,
miseros ¡ay! como ruín escoria,
en páramo infeliz, tristes abrojos!

¡Oh nó! Vive su espíritu en la historia;
y miro, de mi alma con los ojos,
la suya en el alcázar de la gloria!

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

DE MADRID Á PARÍS.

(APUNTES DE MI CARTERA DE VIAJE.)

I.

Los ferro-carriles hacen, y nada que sea nuevo digo con esto, que las grandes distancias no existan; que se viaje con facilidad; que velozmente se crucen las llanuras; que se salven los precipicios; se atraviesen las montañas, y que sean casi nada los ríos: en una palabra, que en pocas horas, se vea *mucho mundo*.

Esto, ni más ni ménos, me sucedió á mí. Partiendo de la estación del ferro-carril del Norte, salí de Madrid, y como alma que se lleva el diablo, según decían ántes, dejé á mi espalda el Escorial, nuestra justamente llamada *octava maravilla*, y su montañoso terreno.

Contemplé á Ávila, con sus muros almenados, sobre los que creí ver, trasladándome á pasados siglos, la brillante armadura de los partidarios de algun bando, ó de los defensores de la independencia nacional contra los hijos del desierto.

Seguí por las ricas Castillas, cuya plana superficie es de vista poco agradable.

De noche crucé por la monumental Búrgos, la patria de grandes hombres y el teatro de notables acontecimientos.

Penetré en la Rioja, y me encantaron las cercanías de Pancorbo, tan pintorescas con sus terribles montañas de granito cuyos severos perfiles encantan y aterran á la vez. Sitios son estos que, para los moros fueron motivo de pavor, y para los franceses objeto de precauciones.

Desde aquí puede decirse que empiezan los grandes trabajos del ferro-carril del Norte: trabajos cuya vista entusiasma la imaginación, por que hacen pensar hasta donde puede conducir el espíritu de empresa en los tiempos modernos.

No me detengo en la fértil y bien cultivada campiña de Vitoria: paso por entre y bajo los bellos montes de Olazagoitia y Alsásua; sigo apareciéndome y ocultándome, una y otra vez, por los famosísimos Pirineos; veo por un momento el bonito puerto de Pasages; miro á Irun, la muy benemérita y generosa, noble y leal villa, y penetro en Francia.

II.

Hagamos aquí una pequeña pausa; como quien dice, una concentración del espíritu, porque al dejar la patria bien se puede permitir que pensemos en ella con ternura y con alguna detención.

Yo me dije: he atravesado cincuenta y siete túneles, si mal no he contado; uno de ellos próximo ya á Zumárraga, tiene de longitud tres kilómetros, en cuyo trayecto empleamos, según mi reloj, nueve minutos.

Pero no es esto lo peor, sino que los Pirineos están perforados.

¿Se habrá realizado, me interrogué (sin que nadie lo oyera) la célebre frase de Luis XIV, de «ya no hay Pirineos»?

Poco tiempo vacilé en darme la contestación, y parodiando á Felipe V, exclamé: «¡Aún hay Pirineos!»

Y los hay y los habrá siempre.

Yo los he visto en la altiva fiera de los vascos; en la tranquila magestad de los riojanos; en la probada hidalguía de los hijos de las dos Castillas.

Yo sé que existen, pues los contemplo en el brazo vigoroso, en el corazón tranquilo de mis compatriotas, y en la conveniencia de la Francia.

Esto dije, y ésta es la verdad.

Bueno, muy bueno es que los Pirineos sirvan de dique á las dos naciones de allende y de aquende, ya que en varias ocasiones ambas le han saltado.

Por este lado están bien nuestras fronteras; por aquí no podemos ni debemos ensancharnos.

Al César lo que es del César.

III.

Miré las brumas que envolvían los últimos perfiles de mi patria, y lo hice con esa ternura y sentimiento que conmueve á el amante cuando se aleja del objeto amado. Dirigí una última mirada á Fuenterrabía, á los árboles, al espacio, á todo lo que pudiera pertenecer á España, y dí, resueltamente, la cara á Francia.

No era ésta la vez primera que me separaba de los patrios lares, y sin embargo, en mi corazón sentí la impresión simpática del que se priva, aunque sea temporalmente, del bien conocido, para entrar en posesión de lo desconocido.

Ese sentimiento es el germen salvador de las nacionalidades.

El latido vital de los grandes pueblos.

La voz sacrosanta del hogar.

El tierno acento de la familia.

El suspiro de la patria.

El pasado, el presente y el porvenir de España.

IV.

El territorio francés es muy agradable.

Los campos se hallan bien cultivados; y todo demuestra que allí hay un pueblo laborioso y una nación que contiene la población

suficiente para poblar los eriales cuyo aspecto entristece siempre el ánimo del viajero.

Muy favorable opinion se forma del país á la vista del aseo que hay, aun en los pueblos mas pequeños, cuyas casas están cuidadosamente blanqueadas. Hendaya y San Juan de Luz, son una buena prueba de ello; prueba que se repitió en las demás poblaciones que fui recorriendo.

Bayona ofrece el aspecto de una ciudad de las edades pasadas, en sus calles y en sus plazas antiguas: estrechas y tortuosas aquellas, pequeñas é irregulares éstas: como ciudad fronteriza, y como agresora unas veces y como agredida en otras, levantó murallas y torreones que aun conserva, cual si meditara sobre la posibilidad de que llegaran á renovarse al pié de sus muros los combates de otros tiempos.

Tiene buenos edificios, entre ellos, una bonita aunque pequeña catedral: paseos de mucho gusto: deliciosos alrededores con numerosas y lindísimas casas de campo: un puente todo de piedra, con siete grandes arcos, comunica las dos mitades de la poblacion: cuenta esta unos veinte mil habitantes.

Notable es Biarritz por mas de un concepto: porque se halla en una bien escogida situacion: porque está á la orilla del mar: porque el gobierno francés gasta pródigamente para hacerla un buen puerto, ya que Bayona no lo es, á pesar de los deseos que de ello tuvo el primer Napoleon, y de los millones que gastó para conseguirlo.

Biarritz llama tambien la atencion, porque, á imitacion de Bayona, tiene hermosas casas de campo, ocupadas, muchas de ellas, por familias españolas, que forman parte, numerosa y lucida, de la aristocrática reunion que pasa los meses del estio en aquella estacion de baños.

Además tiene el palacio imperial, y sus baños afamados: por último, se hace notable á las miradas españolas, porque Biarritz se levanta y crece, bajo el influjo y el buen gusto de una bella granadina, la emperatriz de los franceses.

V.

El ferro-carril francés del Mediodía, pasa por entre fértiles y bien cultivadas campiñas; rodeado siempre de caseríos y de abundante vegetacion.

Los trabajos materiales de este camino no son de extraordinaria importancia: en todo él, hasta París, conté diez tuneles: el terreno es plano y por tanto, de fácil nivelacion.

Burdeos si tiene ya los honores de gran ciudad, debido á su buen puerto, y tambien á sus naturales productos. Cuenta en su recinto con doscientas mil almas: con un nota-

ble puente de diez y siete arcos: con anchas y hermosas calles: con magníficos edificios, entre los que se halla el teatro, de piedra, y situacion aislada, construido en tiempo de Luis XIV.

Como que el viaje es en ferro-carril, pasan todos los objetos á nuestra vista con gran velocidad, y en tanto que volvemos á pasar, pero mas despacio, diremos que Burdeos tiene tambien dentro de sus muros, paseos notablemente bellos: una coleccion de momias, cuya historia, segun el guardian de ellas, es bastante trágica: una rica biblioteca de significativa importancia: y lo que tambien es muy respetable, *la gran ciudad de los muertos*, el panteon, notablemente poblado; distinguidamente cubierto de vistosos monumentos, que la vanidad y el capricho elevan: en muchos de ellos lei nombres españoles, y algunos de personas que habian sido lanzadas de sus hogares por las discordias civiles. Ante aquellos monumentos descubri mi cabeza, y me detuve un instante: de todo corazon deseo reposo eterno á las cenizas de los que fueron mis compatriotas, si es que puede haber reposo descansando en tierra extraña.

Lleno de ideas melancólicas salí de aquel sagrado recinto, que en importancia es el segundo de su país, siendo primero el célebre del *Padre Lachaise*, y salí con ánimo de prepararme para continuar mi viaje á París.

Pero esta última ciudad merece que le dediquemos un artículo por separado; y lo merece, entre otras varias cosas, por que es:

La metrópoli francesa:

El pensamiento de tirtos y troyanos:

La residencia de Júpiter.

Por todo lo que, si bien se mira, el curioso lector nos dará la razon de que hagamos capítulo aparte, y vendrá, si Dios es servido.

GENARO PEROGORDO Y LOPEZ.

MORALEJA.

Mes tras mes, año tras año,
trabajó sin tregua alguna
un señor don Juan Tacaño,
por aumentar su fortuna...
que al fin heredó un extraño.

La historia de este don Juan
muchos la plagian y cuentan.
Desde los tiempos de Adán,
«unos el horno calientan
y otros se comen el pan.»

A. RUIZ.

REVISTA.

La cuarta reunion de confianza que tuvo lugar en el liceo la noche del 15 de Mayo, ha sido la mas brillante y concurrida de las hasta hoy celebradas.

Multitud de bellas llenaban los salones luciendo á porfía la sencillez y el buen gusto de sus trages, que hacian destacar mas y mas su singular hermosura. Con gran satisfaccion observamos que empezó á familiarizarse la reunion, alternando en grupos distintos la concurrencia de ambos sexos, lo que hizo saliese del estado de inaccion en que hasta ahora se habia colocado el sexo fuerte. Inauguróse el recreo con unos *lanceros* que bailaron ocho parejas.

La Señorita Doña Elisa Arrugaeta y el joven D. Antonio Bethencourt, ambos discipulos del profesor D. Baltasar Mira, ocuparon el piano, ejecutando á cuatro manos, el aria final de la *Lucia*, interpretándola tan felizmente que merecieron una completa ovacion del público que les escuchaba. Reciban nuestro parabien los jóvenes aficionados y muy particularmente la Srta. Arrugaeta que tantas simpatias goza en esta sociedad.

Nuestro consocio D. Restituto Santa Cruz á ruego de sus numerosos amigos cantó la romanza del acto primero del *Juramento*. La frescura de su voz y la afinacion con que vocalizó, hicieron que se escuchara con gusto. Ocasión tuvo de observar el aprecio que merece, pues á mas de un nutrido aplauso recibió nuestros plácemes y enhorabuena. Le rogamos continúe amenizando los recreos, ya que ha despertado su antigua afición.

El profesor D. José Espinel y Moya ocupó el piano para acompañar á la Srta. D.^a Amalia Hernandez el aria de *Bedtly* que cantó con una afinacion, una gracia, y una maestría dignas del mayor encomio. Un fuerte y prolongado aplauso anunció la terminación del aria, que es, sin disputa, de lo más bello que ha escrito el maestro Donizetti.

El joven Bethencourt ejecutó fielmente al piano la sinfonía de *Nabuco*, bajo la acertada dirección del Sr. Mira; y la bella Srta. Doña Asuncion Rodriguez Rey cantó la cavatina de *La Favorita*, con gran valentía y voz tan sonora y agradable que causó las delicias de la reunion, recibiendo una ovacion completa. Esperamos que las Srtas. Hernandez y Rodriguez luzcan en escena sus brillantes dotes, para apreciar por completo sus extraordinarias facultades. Orgulloso puede estar el profesor Sr. Espinel y Moya con discipulas tan aventajadas, y le rogamos las presente en la escena con una obra bajo su dirección.

Ultimamente, cantó al piano D. José García

Ayola, la romanza de *Hernani*, con voz potente y con mucho gusto, vocalizando bien, y siendo calurosamente aplaudido. Es la primera vez que hemos oído en nuestros salones al Sr. Ayola, y no dudamos continuará ayudándonos en nuestra empresa, para que llegue un día en que ésta sociedad sea el centro donde se hallen todos los buenos aficionados de la capital.

La seccion de literatura nos hizo escuchar dos composiciones poéticas; una, del joven D. Antonio Salazar, carta político-amatoria escrita con mucha facilidad, y que fué aplaudida por los chistes de que está salpicada; y otra, del Sr. D. Nicolás de Paso, que nos admiró por la oportunidad del pensamiento y la delicadeza con que nos dió reglas y consejos para elevar éstos recreos á la altura que merecen. Más de una vez fué interrumpido por los aplausos que le prodigaron, y al concluir tuvo la doble satisfaccion de recibir los mas cumplidos elogios de las bellas, y la prueba del cariñoso afecto con que sus numerosos amigos aceptaron la leccion familiar que les dió en verso para mayor obsequio.

La tertulia terminó á las doce, con una *virginia* que bailaron diez y ocho parejas.

Reuniones como ésta deberían repetirse más á menudo, pues verdaderamente nos complació ver hermanadas la finura y la confianza, bases de toda culta sociedad.

No concluiré mi revista sin rogar á los dignos profesores de la seccion de música, secunden los esfuerzos de los Sres. Mira, Moya y Guillen, que en todos los recreos presentan discipulas que sostienen y acrecen la buena reputacion que con tanta justicia han adquirido.

He bosquejado desaliñadamente una reunion digna de pluma mejor cortada; pero conste que sólo por complacer al respetable presidente de la seccion de literatura, acepté encargo tan espinoso, á falta de otros individuos mas competentes, á quienes sus muchas ocupaciones impedian desempeñarle.

Dispensad, pues, mi atrevimiento, tan sólo comparable con vuestra benignidad.

ABELARDO MARTINEZ.

EPIGRAMA.

El día del casamiento
de Teresa y Juan del Valle,
iba Juan por una calle
cabizbajo y macilento.

—Hombre, le dijo Pascual,
estás hoy mal humorado?

—Es chico, que estoy cansado
de la vida conyugal.

S. PEREZ MONTOTO.

Invitada por el Ayuntamiento popular la seccion de ciencias y literatura del liceo, para que se encargase de los trabajos literarios de la plaza del Córpus, fué aceptado este encargo y cumplido con la remision de las odas Al Santísimo Sacramento y A Granada, que en otro lugar insertamos, y los cuadros de costumbres, vulgo Carocas, que copiamos á continuacion:

CUADROS.

I.

Cuatro ó seis poetas bailan el can-can en la plaza del Córpus; cada uno con una pluma en la mano, como escribiendo las Carocas.

Granada nos ha invitado con la mayor cortesía, á un baile, y hemos optado por un *can-can*, aplicado á las costumbres del día.

II.

Escena de un teatro. Una pareja con traje muy corto y muy verde, baila el can-can con la mayor exajeracion posible.

Venid á ver un *can-can* bien bailado y bien vestido; de Francia nos le han traído; y este baile de Satan en todo se ha introducido.

III.

Una fragata y un navio, en las aguas de un puerto, alborotadas por la tempestad, se cruzan y chocan semejando que bailan.

La fragata y el navio bailan el *can-can* muy bien. Mas ¿dónde con tal vaiven tanto empuje y tanto brío llevarán este belén?

IV.

Varias señoras y en medio una mas gruesa y alta, bailan en un suntuoso salon, con varios caballeros vestidos de gala.

Bailando bien el *can-can* yo cumplo con lo que soy. ¿Qué mas exigir podrán? Si cometen un desman al extranjero me voy.

V.

Un matrimonio con muchos hijos; riñendo todos.

El *can-can* del matrimonio es un *can-can* sempiterno, que hace del hombre un bolonio, de la mujer un demonio, y de la vida un infierno.

VI.

Un joven tísico, vistiéndose en su cuarto de soltero, donde está todo, muebles, ropas etc., en el mayor desórden.

Si el *can-can* del matrimonio es costoso y poco grato, no es, por cierto, mas barato ni está libre del demonio, el *can-can* del celibato.

VII.

Varios hombres tendidos en una acera tomando el sol, mano sobre mano.

Mientras cada ciudadano tiene la vida en un trís y está mano sobre mano, mas de un bravo cortesano baila el *can-can* en París.

VIII.

Un ladrón enseñando á robar á un muchacho sobre un maniquí.

Ved cómo la educacion á todas partes alcanza: no ha menester proteccion. ¡Qué bien practica el ladrón el *can-can* de la enseñanza!

IX.

Un niño vestido de doctor, con un chupon en la boca; y un anciano que le mira en actitud de estar oyéndole con admiracion.

—Ya no se aprende, se vuela. Yo en seis meses he llegado, de danza en danza llevado, desde el *can-can* de la escuela al *can-can* del doctorado.

X.

Portería de un ministerio: los pretendientes bailan alrededor de un personaje que, repartiéndole credenciales, consigue abrirse paso.

Los centros ministeriales bailan del *can-can* al son, repartiéndole credenciales: ¡y así se curan los males de nuestra pobre nacion!

XI.

Un jornalero con azada al hombro ante un edificio público, pidiendo trabajo á un caballero que se halla en el balcon principal.

—Vuestra peticion haced.
—Pido un *can-can* á destajo.
—No puedo servir á usted.
—Yo no demando merced;
lo que yo quiero es trabajo.

XII.

Una casa, en la que mientras unos se llevan las puertas, otros entran haciendo el padron del nuevo impuestó.

Ya nuestras dichas son ciertas;
pues en bien de la nacion,
nos han quitado las puertas,
y están las casas abiertas
para el *can-can* del padron.

XIII.

Una señora y un caballero vestidos exageradamente á la moda: ella con vestido muy corto y estrecho: él con pantalon muy angosto y americana cortísima.

Economías, naciones:
venid á tomar lecciones
de un *can-can* á la española:
él suprime los faldones
y ella suprime la cola.

XIV.

Un hombre vestido con levita raida y corbata roja, completamente afeitado.

Me han dejado sin empleo
y ningun sueldo me dan,
porque dicen que soy neo.
Corbata roja poseo,
y tambien bailo el *can-can*.

XV.

Soldados que desembarcan en el muelle de la Habana: buques y guerrillas.

¿Para qué tanto soldado
desplegándose en guerrillas?
¿Tanto buque acorazado?
Con un *can-can* bien bailado
se conservan las Antillas.

XVI.

Dos elegantes con sombreros, el uno exageradamente alto de copa y el otro á la moda del día, exagerada tambien.

Ayer una torre fui:
hoy una empanada soy:
el *can-can* me tiene así.
Aprended, hombres, de mí
lo que vá de ayer á hoy.

XVII.

Un circo de gallos, y varias riñas, con muchos espectadores.

—Parecen hombres políticos:
¿no les veis cómo pelean?
—Yo no dudo que lo sean;
pues en los casos más críticos
en vez de hablar, *can-canean*.

XVIII.

Dos novios pelando la pava, él en posicion de can-can.

—¡Ay qué *can-can* tan gentil!
—Tu amor mi ventura labra.
—Me lo has dicho veces mil.
—Mas ahora te doy palabra
de matrimonio... civil

XIX.

Un circo lleno de espectadores en actitud de hablar acaloradamente.

Dice el público á porfía
que estamos en minoría.
Pues todo el circo llenamos;
y ha de bailarse algun día
este *can-can* que ensayamos.

XX.

Puertas de dos teatros, una en frente de otra. Los empresarios en camisa pescan con anzuelos á los transeuntes.

¡No bailan flojo *can-can*
las empresas de teatro!
Hasta de balde le dan;
y han quebrado más de cuatro,
y las otras... quebrarán.

XXI.

Una hermosa matrona que representa á España, baila en una plaza pública, con una corona en una mano y en la otra un gorro fríjo.

En toda la lozanía
de mi juventud estoy,
bailando de noche y día
un *can-can*, por ver si soy
república ó monarquía.

XXII.

Dos señoras con peinados muy altos y grandes postizos que el viento arranca y se lleva á los tejados.

¡Qué demonios de peinados!
Parecen peinados bufos.
Van por el viento arrancados,
á subirse á los tejados.
¡Es el *can-can* de los tufos!

XXIII

Varios personajes, sombrero en mano y en actitud de suplica, ante tres troncos coronados de ramaje: encima de uno de ellos se lee PORTUGAL, en otro ITALIA y en el último INGLATERRA.

Bailando un *can-can* venimos
y como buenos cumplimos
de España la voluntad.
¡Dadnos un rey: lo pedimos
con mucha necesidad!

XXIV.

Un hombre muy gordo saca un muñeco coronado de debajo del frac.

No removamos el lodo,
y cesen tantos clamores;
busquemos nuestro acomodo:
éste sirve para todo.
Basta de *can-can*, señores.

EL PITI-ROJO.

(PARÁBOLA DEL DOCTOR KRUMMACHER.)

En lo más crudo del invierno, se presentó un piti-rojo en la ventana de un buen labrador, como pidiendo hospitalidad. El labrador, respondiendo á la confianza del pájaro viajero, abrió la ventana y lo recibió con bondad. El piti-rojo pasó todo el invierno en la casa, recojiendo las migajas de pan, y picando los restos de la comida: los muchachos del labrador llegaron á tomarle cariño. Pero en la primavera, cuando los árboles se cubrieron de hojas, el labrador abrió su ventana, y su huésped alado, dirigió el vuelo al bosque cercano, en donde construyó su nido y dió al viento su alegre canción.

Volvió el invierno, y el piti-rojo volvió también; pero esta vez trajo consigo á su compañera. Los dos pájaros entraron en la casa con la mayor confianza, mirando á todas partes sin extrañeza. El labrador y sus hijos se regocijaron mucho al verlos, y los muchachos exclamaron: «Estos pajarillos nos miran como si quisieran decirnos algo.»

«Si pudieran hablar, les replicó su padre, os dirían: *La confianza engendra cariño, y de la benevolencia nace la amistad.*»—A. RUIZ.

Á BRUTO.

Suena confuso y mísero lamento por la Ciudad. Sube la plebe al Foro y entre las fasces que le dan decoro vé al gran Senado, en el sublime asiento. Los Cónsules allí. Ya el instrumento de Marte, llama la atención sonora. Arde el incienso en los altares de oro y leve el humo lo difunde el viento.

Valerio alza la diestra. En el instante al uno y otro jóven infelice hiere el lictor y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante ocupa. Bruto se levanta y dice:
«*Gracias, Jove inmortal, ya es libre Roma.*»

MORATIN.

PARODIA DEL ANTERIOR SONETO.

¡AH BRUTO!

Suena confuso y agitado acento por todos los tendidos. Sale el toro, con la divisa que le dá decoro, y al pueblo mira en el sublime asiento. El presidente allí. Ya el instrumento de Marte, llama la atención sonora, y con muleta y alamares de oro salta á la arena el matador sangriento.

Alza el Tato la espada. En el instante bravo el toro acomete al infelice y al suelo le derriba desarmado.

Mudo terror al vulgo circunstante ocupa. El Tato se levanta y dice:
«*Gracias, Cuco, de buena me has librado.*»

LEOPOLDO E. DE ARCE.

BASES, PRECIOS Y PUNTO DE SUSCRICION.

Esta revista se publicará los dias 1.º y 15 de cada mes, en dos pliegos de impresion, 4.º prolongado, con 32 columnas de lectura compacta, igual al presente número.

Su precio por suscripcion, es: 2 rs. al mes en la Capital: 8 rs. trimestre fuera de la misma. Números sueltos 2 rs. indistintamente. Para los Sres. socios del Liceo, gratis. Los Sres. socios exentos de pago, tienen derecho á una suscripcion, abonando un real mensualmente.

Se suscribe en la Secretaría del Liceo, donde se hallan establecidas las oficinas del periódico.

GRANADA: IMP. DE PUCHOL.